

es una impresión sincera y espontánea, expresada tal como ha sido sentida, sin apasionamientos, propósitos de ofensa ni de adulaciones, hechas y escritas más con fines puramente literarios ó descriptivos, no sociales ni filosóficos. Dios me libre, tanto de meterme con mi pequeñez en tales honduras, como á ustedes de ver el menor asomo de crítica en este libro.

Segunda advertencia. Como se escribe á la vez para Méjico y para España (no porque yo tenga ideas fatuas, ambiciosas y ridículas de no contentarme con los lectores de una nación y buscar los de otra, sino porque este es el hecho) y el lenguaje del pueblo de aquí es ininteligible allá, y las costumbres varían no poco, ni he podido meterme á emplear términos locales que hubieran precisado á veces bastante más la idea y aclarado la descripción, ni meterme en la de muchas cosas al detalle, con sus colores propios, pues allá no me hubiesen entendido, so pena de llenar los artículos de llamadas y notas, lo que hubiera hecho el remedio peor que la enfermedad.

LA MUJER

I

Ante todo, distingamos. En la mujer de una capital hay tres clases sociales, y se puede considerar cada una en detalle ó las tres en conjunto, puesto que hay caracteres y cualidades propias á todas y con solo sumarlos nos dan la impresión de la mujer de ese punto, diferenciándola de la de otros. En Méjico es distinto. Entre la india *pelada* y la mujer que usa sombrero no hay cualidades comunes, antes al contrario, tanto es lo que difieren que no ya psicológica, sino hasta fisiológicamente se las podría separar. Luego entre ambas, á manera de puente roto, extiéndense diversas variaciones que facilitan la comunicación sin hacerla completa, porque, ya digo, la *pelada* tiene caracteres esenciales propios que en ninguna otra vuelven á encontrarse.

Principiemos por asegurar, aunque se tache de atrevida la afirmación, que la *pelada* no es mujer, es *hembra*, y nada más.

Todavía el *pelado*, en no pocas ocasiones, demuestra ser algo más que varón; pero ella no, casi nunca.

Como sucede en todas las clases ínfimas del pueblo (en todos los países), esta mujer se ocupa en trabajos tan rudos como los del hombre, vive contenta con que éste la maltrate frecuentemente, posee débiles asomos de voluntad y más que compañera es un mueble de comodidad del hombre con quien vive. Salvo alguna que otra forma de corrección mayor ó menor, es en esto la misma mujer de todos los pueblos civilizados perteneciente á las clases sociales más desgraciadas. Pero también es en esto solamente en lo que se parece á la mujer de otros pueblos.

En todas las razas, aun en las salvajes, según cuentan los viajeros, y conste que yo en los viajeros no tengo mucha confianza, porque sabemos de varios que han hecho el viaje sin moverse de su habitación, en todas las razas, digo, el primer cuidado de la mujer es el de componerse y arreglarse, en la medida de sus medios y según las costumbres del país, para parecer lo más bella posible. La *pelada* no cuida de eso. Además de ser poco limpia por naturaleza, sucia, no muestra afán de parecer mejor, ni tiene el menor asomo de coquetería; no sabe lo que es eso. . . . El abandono de estas mujeres llega á lo inverosímil. Al ver á una *pelada* toda rota, con los pingos arrastrando, desgñados los pelos y sucia la cara,

andando con tal movimiento de dejadez que parece como si le costara el andar inmenso trabajo, como si estuviese dislocada toda ella, de modo que á cada paso que da balancea las caderas y mueve con la cintura el cuerpo todo, cada pieza por su lado, cual si no tuviesen trabazón y enlace, ó estuviese flojo, al ver, digo, una joven, una chiquilla con tales trazas, el rebozo puesto de cualquier modo, la ropa toda como si en vez de llevarla encima una persona caminase colgada de una percha, se acuerda uno sin querer de todas esas frases como «sexo bello,» «bella mitad del género humano,» etc., y se queda sumido en un mar de amargas reflexiones, que puesto que es mar no se concibe que puedan ser dulces.

Ya dije antes que á la *pelada* no hay que pedirle sino débiles asomos de voluntad. . . . Yo creo que hasta el querer le da pereza. . . .

Por tanto, en cuestión de afectos, anda también bastante escasa. Quiere á los hijos con el afecto que la naturaleza ha dado en forma de instinto á todas las hembras, siempre previsora y sabiamente convencida de que si á la libre espontaneidad de las madres lo dejara, pronto iría de capa caída la humana especie. Pero nada hay en este amor maternal que no sea lo puramente necesario é instintivo, sin que llegue al sacrificio ó á la heroicidad casi nunca, y apenas el hijo está en edad de buscar la comida por ahí, cesan el amor, los cuidados y

hasta las relaciones y, por regla general, ya no vuelven á acordarse uno de otro.

Quiere al hombre que vive con ella mientras la naturaleza la exige que tenga hijos. Pero no se excede en la constancia del amor y cambia de hombre con muchísima facilidad sin siquiera volver la vista atrás, con una indiferencia completamente natural y salvaje. Como las ideas de honor, fidelidad, etc., no la suelen caber en el cerebro, no tiene el menor reparo pensar que hay fidelidad. Para ella esas cosas son como para un fumador el fumar un cigarrillo . . . siempre está dispuesto á aceptar el que le ofrece un amigo "por no desairarle." Así, pues, no se conduce de ese modo la *pelada* por exceso de afectividad desarrollada, de carácter ó temperamento, no, sino precisamente por pura indiferencia, por aquello de que la naturaleza no estableció leyes determinadas para los hombres y las mujeres, como la estableció para los demás seres No la debemos calificar con ningún adjetivo infamante, nada de eso. ¡Ella no entiende de esos distingos! No es tampoco pecaminosa porque no conoce vicios ni refinamientos En suma, que es hembra y nada más que hembra, y como tal, no mira en el hombre más que pura y sencillamente el varón, sin importarle gran cosa las cualidades que pueda tener. Por eso con la misma facilidad se muestra amorosa con uno que con otro, y recorre todas las clases sociales. Atiende

al hombre con suma facilidad y le abandona en seguida, sin gran esfuerzo, pero ni le busca ni hace la menor gestión por atraérselo, que hasta ahí llegan su pereza y su abandono.

La pelada se desarrolla muy pronto, á los doce ó trece años, y en cuanto es mujer, como mujer se porta. Pronto la acaba el género de vida que lleva y el ningún aseo del cuerpo, y á los treinta años parece que tiene cincuenta. Su color moreno subido contribuye á envejecerla más.

Lo más bello de esta mujer son los ojos y los dientes, dientes y ojos que probablemente pocas razas en el mundo los poseen tan bonitos. Los dientes son blanquimosos, menudos y enteros y, no obstante que no se ocupa de cuidarlos en absoluto, los conserva con estas cualidades toda la vida. Los ojos, oscuros ó negros, grandes y rasgados, brillantes, lánguidos al mismo tiempo que expresivos, son la nota más alegre y más saliente de la mujer india. A lo mejor se ve pasar una, asquerosa, desarrapada, miserable, pero con un par de ojos que parecen puestos ahí como por equivocación. Estos ojos y estos dientes son peculiares á toda la mujer mexicana, desde la india más pelada á la señorita de mejor familia, así como á todas es peculiar el ser, en su sexo, mucho más hermosas que el hombre.

Entre las que se cuidan, esas cualidades con la cara pequeña y la nariz remangada y graciosa, suelen producir tipos bonitos,

Lástima que esa vida animal las marque en las facciones cierto sello de estupidez y de abyección. Las niñas indias, hasta los ocho años, todas son bonitas y graciosas.

Con lo cual, creanlo ustedes, yo estoy sumamente conforme y complacido. Las mujeres mexicanas, todas ellas, tienen un aspecto delicado que se hace simpático á primera vista.

II

Como los rayos de un foco luminoso, brillantes, fuertes y apretados al salir, según vase extendiendo el campo de irradiación se debilitan y separan hasta morir en la atmósfera, dejando más adelante muchos objetos hasta los cuales no han podido llegar; así las cualidades morales que en la *pelada* hemos enumerado irradian desde ella misma, que es el foco, hacia las clases sociales que tienen encima, disminuyendo y debilitándose cada vez más, hasta el extremo de que á la más elevada no la llega, ni la menor vibración luminosa, ni la menor cantidad de calor de esos rayos.

Como resulta más consoladora la ascensión desde lo malo hasta lo bueno que la bajada, porque la última impresión es la que queda, así he preferido caminar. Vimos la mujer india en su máximo grado de abyección, en la ínfima clase social, conside-

rada únicamente como la hembra del *pelado* Empecemos á subir, que la subida resultará agradable, lo mismo que si desde el fondo de una mina fuésemos ascendiendo poco á poco, primero envueltos en la obscuridad, luego débilmente iluminados por un pobre rayo de luz; que á fuerza de rodeos y quebraduras logró colarse desde arriba y, por fin, á lo último, en pleno sol y en pleno día y con el cielo sonriente sobre nuestras cabezas.

Desde la *pelada* esa, que aunque no lo parece es susceptible de educación y de mejoramiento, hay una porción de gradaciones y metamorfosis hasta llegar á la mujer de la clase media: la de *chal* ó *tápalo*, según los casos y necesidades Y al llegar aquí respira uno. ¡Ya salimos de la mina, ya estamos en pleno sol! Ahora, para ir hasta la de sombrero, es necesario ascender por alguna de las montañas próximas.

La oficiala de cualquier oficio, la hija del escribiente, del artesano acomodado, del empleadito de poco sueldo ésa es la mujer de la clase media y ésa es la que debe llamar la atención en todas partes, porque es la única depositaria de las costumbres típicas del país, la que da la medida general, ya que la de abajo y la de arriba, una por menos y otra por más, están falseadas por la clase de educación que reciben. Es esa muchacha pálida, llenita de carnes, morena, pequeña y menuda, que luce por la calle el vestido sencillo y obscu-

ro, la chaquetilla ó chambrá con peto azul, encarnado, amarillo, de cualquier color muy fuerte, y con el chal encima, negro, delgado y transparente, que ni abriga ni tapa, enseña por detrás y á trasluz todas las líneas del esbelto talle.

La alta educación social, que no es más que un conjunto de trabas y ligaduras que hacen de la señorita un maniquí, un autó-mata, sin permitirle apenas una manifestación espontánea y libre, no ha llegado toda hasta la de chal y del peto, y es más franca, más sincera, más abandonada á sus propios impulsos, sin esa rémora constante del "qué dirán." Pero al mismo tiempo participa del carácter miedoso, de la timidez peculiares á toda la mujer mexicana, que en sus maneras y en su actitud ante la gente parece un niño pequeño en casa extraña.

De la mujer de la clase media á la mujer de la clase alta, no hay mas que un paso que salvar, la diferencia de educación. En lo restante, ambas son iguales y piensan lo mismo y quieren lo mismo y se conducen lo mismo con delicadeza y acierto.

La mujer mexicana es extraordinariamente mimosa y dulce; todavía no sé cómo ha podido acostumbrarse á la brusquedad de algunos maridos. Y sin embargo, estos matrimonios son casi siempre felices, sin duda porque ella le doma y dulcifica á él. La mujer mexicana no es de grandes iniciativas ni de grandes energías. Contra lo que en Europa se cree de las que habitan

estos países, no es tampoco de pasiones violentas aunque si firmes, ni de temperamento ardiente y voluptuoso. Eso son cuentos de las mil y una noches. Pero en cambio es accesible al cariño con mucha facilidad y constante en él.

Para esposa, la mujer mexicana tiene la gran cualidad de ser sufrida en alto grado. No tiene exabruptos de mal humor, no es dominante nunca, no muestra genio fuerte, no le riñe al marido. No hace más que llorar y mostrarse sentida. No suele exigir sino suplicar, y en todo y para todo se ampara en su debilidad, antes que en sus derechos.

Consiste esto gran parte en su bondad y otra parte en su carácter tímido.

Las mujeres de otros países, ante una infidelidad ó un mal trato, del marido, chillan, alborotan, riñen, hasta injurian. . . . Esta no hace más que sentirlo, lamentarse y llorar. Es muy sufrida.

En resumen, el tono más saliente del carácter de esta mujer es la pasividad. Del mismo modo que tenía hecha la entrega de su voluntad á sus padres, se la entrega al marido cuando se casa.

Si bien con estas condiciones se corre el peligro de ser la esclava del hombre y no su compañera, no hay que creer tampoco en absoluto que este abandono de la propia voluntad, que no es sacrificio en él sino modo de ser, la conduzca constantemente á la desgracia en el matrimonio. Falta ave-

riguar quién puede más, si la mujer que suplica ó la que exige, y tengo para mí que el primer papel la cae mejor de todos modos y la lleva más fácilmente á la victoria. Ante el enfado de la mujer, el hombre se enfada y se impacienta más, y es capaz de llegar á cualquier extremo desagradable. Ante las lágrimas, no son muchos los que resisten, que el imperio de ella consiste precisamente en usar y aun abusar de su debilidad y ampararse de ella. Al hombre descarriado le suele corregir mucho mejor ella erigiéndose en víctima que haciendo de juez. Y si á esto unen ustedes que la mujer mexicana tiene para cada súplica diez halagos, que es tan tenaz en la primera como en los segundos, que se hace la chiquita para todo, que para todo usa de mimos y ternezas, que tiene las lágrimas á mano, comprenderán como, sin aparatos y sin apariencia de ello, atrae y ata al hombre que vive con ella y le obliga constantemente.

Como madre es muy buena, pero muy blanda. La misma falta de energías que muchas veces le hace favor como hija y como esposa, la perjudica no pocas como madre. Se sacrifica por los hijos cuantas veces sea necesario, sin ninguna vacilación, los quiere con delirio, pero no sirve para castigarlos. Su naturaleza delicada, no puede permitir que un hijo suyo sufra lo más mínimo por su causa. Si á fuerza de amor es corregible, el hijo se corregirá seguramente, pe-

ro si la corrección ha de ser con medios duros, ya no se puede contar con ella.

Es casera hasta la exageración. Desde que toma estado se pierde por completo para la sociedad, y apenas se exhibe en los espectáculos públicos. Pierde el deseo de agradar y no se cuida mucho del físico. Hasta la dá pereza vestirse para asistir á cualquier diversión. No encuentra placeres más que en su casa. Todo esto es muy bueno, pero la mayor parte de las veces peca de exagerado su retraimiento. Los dos extremos son malos, aunque de darme á elegir forzosamente, me quedo con el último.

En esto, la mujer mejicana se dá la mano con la española. Las más de las veces, pasada la luna de miel, el marido tiene en ella la madre de sus hijos, la mujer fiel, la inmejorable ama de llaves, la compañera cariñosa, pero no la mujer por quien se desvive. . . . En cuya cuestión nos ganan los matrimonios franceses que, aun con varios años de vivir juntos y dentro de la mayor intimidad, la mujer se preocupa de agradar al marido, de mantener, en fin, el amor hasta donde sea posible, pues que tan malo es el pasarse la vida soñando por los mundos ideales como arrastrarse exclusivamente por la tierra, que la naturaleza nos ha dado el cuerpo y el espíritu para que satisfacemos con prudencia lo que piden y vivamos felices guardando el apetecido término medio.

III

Subimos á la clase de sombrero.... Como es sabido, y el que no lo sepa lo verá más adelante, si tiene valor para seguir leyendo este libro, aquí no hay aristocracia, no se conoce *eso*, de manera que las mujeres de sombrero son todas iguales, sin más variación que la que en el género de vida imponga el tener ó no mayores bienes de fortuna.

Las cualidades de la muchacha de chal le vienen perfectamente á la de sombrero, ya lo dijimos, pues así como de la primera á la *pelada* hay un abismo, de la misma á la de sombrero apenas hay más diferencia que la del traje y la de un refinamiento social que depende de la más esmerada educación.

Pero ¡ay! esa educación es lo malo. . . .

La señorita ésta de sombrero es una víctima de la educación que se la da en cada casa, educación que es aún la misma que en los tiempos coloniales.

Ya he hablado de la timidez y del miedo habituales á la mujer mexicana; ahora, lo que no sabré decirles es si depende de ella misma, de su idiosincrasia moral ó de la educación que recibe. . . La muchacha de aquí, como la de todas partes, tiene sus ratos de expansión, de alegría; pero se guardará muy bien de manifestarlos, como no

sea dentro de la más estrecha intimidad. . . Y es porque la han enseñado y la enseñan continuamente que la honradez, el recato, la corrección, la inocencia, todas esas cualidades que deben adornar á la virgen para hacerla agradable al otro sexo, consiste en lo que van ustedes á ver.

Si la habla un amigo habrá de estar con los ojos bajos durante toda la conversación. En la mesa, en la tertulia, en el baile, en la visita, si un joven, ya presentado á ella con anterioridad, la dirige la palabra, ella, sin levantar la vista, como ya dijimos, contestará con monosílabos, sin dar nunca una opinión franca y precisa sobre ningún asunto, sin sacar la conversación nunca ni hablar la primera, esperando solamente que él la pregunte para contestar si ó no, como Cristo nos enseña y como los papás enseñan á contestar á su niño cuando habla con mayores de edad. La muchacha no puede admitir ciertas conversaciones, no ya las libres, que eso nada tendría de extraño que no las admitiera, sino aquellas alegres y profanas que se admiten en el mundo, con tal que se lleven bien y con corrección é ingenio. Tampoco podrá adoptar otra postura que la de colegiala delante de la superiora, derecha sobre la silla y con las manos quietas ó abanicándose, si es tiempo caluroso.

La muchacha está cohibida siempre, no se atreve á decir una palabra sin pensarla mucho antes, no sea pecado ó incorrección, y el que habla con ella necesariamente se

ve atacado del mismo mal, pues teme decir la menor cosa que la pueda desagradar.

En un tranvía, en un salón de espera, en cualquier sitio público, las mujeres y los hombres de otros países, á la menor oportunidad y por el más pequeño motivo, entablan conversación, porque él la molestó sin querer á ella, porque á ella se le cayó al suelo cualquier cosa que él se apresuró á levantar, porque van incómodos. . . . Conversaciones espontáneas, libres en absoluto de toda malicia, inocentes, sin más objeto que pasar lo mejor posible el rato que la casualidad les deparó para que lo pasasen juntos y, pasado el cual, cada uno tira por su lado y es lo probable que los interlocutores no vuelvan á serlo en su vida. Pues aquí, no ya una señorita, sino una casada, no hablará con usted, sino la ha sido presentado más que las palabras precisas para darle las gracias ó pedirle perdón, y aunque estén ustedes juntos dos horas es inútil que pretenda usted entablar plática, por muy fino y galante que usted se muestre, pues sólo obtendrá contestaciones monosilábicas, en voz quedita y con los ojos mirando al suelo y sin apenas mover los labios cuando hable, que esa es, según el código social al uso, la manifestación de recato y comedimiento que debe tener toda señorita bien educada. Primero, no mirar á un hombre, y segundo, no hablar con él ni del tiempo, como no la haya sido presentado con autorización de toda la familia. Después de es-

tas tentativas infructuosas de conversación que usted tuvo con ella dentro del tranvía, se dá usted por vencido y se pone á leer un periódico. Al cabo de mucho tiempo llega para ella el término del viaje, se levanta usted, la saluda, y por toda contestación hace un movimiento con la cabeza, muy leve, así como de reina ofendida, y se va. . .

En esto de los saludos es donde también se las conoce la educación á mi juicio equívocado que se les da, como si todas ellas se criaran para monjas y no para madres de familia. Aunque usted tenga amistad con una muchacha, si la ve en la calle y la saluda, no obtendrá de ella más que el movimiento ya descrito y, cuando mucho, un asomo de sonrisa. Sería necesaria ya una amistad más íntima para que contestase con un saludo más expresivo. De la sonrisa no pasará nunca.

Entre ellas, en sus conversaciones y en sus bromas, se ríen con toda la espontaneidad, la franqueza y la alegría de la juventud; pero si de improviso aparece un hombre en la tertulia, cambia la decoración como en las comedias de magia, y ya no se ve mas que la muchacha tiesa, forzada, siempre tímida, cohibida por la educación. . . .

Al pronto, una muchacha de estas parece orgullosa. . . . Y á fe que no les ha tocado nada de esta cualidad á las mexicanas, pues todas ellas son sencillas y modestas de corazón, siendo este uno de sus mejores

atractivos morales. . . . Es que se las educa para que sean así, para que vean al hombre como á un enemigo, aunque contrarién para ello los más naturales impulsos; es que la corrección les impone el deber de mantenerse inalterables, de no reírse mucho, de no alegrarse mucho, de no expresar mucho, de disimular afecciones y sentimientos y estados de ánimo, como si en el mercado del matrimonio la prenda más cotizada, la mujer más apetecible, debiera ser la que más se aproxime á la muñeca con fonógrafo dentro. . . .

Después de tales explicaciones, al que no conozca nuestras costumbres, le parecerá una obra de héroes la que tienen que hacer dos muchachos para entenderse y llegar á la boda. . . . Pues les diré á esos que la mayoría de los que se casan no se han hablado más que por señas, del balcón á la calle, si este es alto, ó en conversaciones generales en la casa, delante de toda la familia, y que el mayor cambio de impresiones que han tenido fué por cartas, cartas que antes leía la mamá, y el papá en su defecto, porque una señorita que se estime no debe decir nada á su novio, por formalizada que esté ya la cosa, sin que los papás se enteren, y sin que pasen por las manos de ellos todos los piropos, hipérboles y demás agradables tonterías que se dicen de corazón á una muchacha. ¡Cuántos hay que llegan á la boda sin haber estrechado aún la mano á la que ya es su mujer! Y no quie-

re decir que estas cosas pasen siempre, pero sí pasan con frecuencia, y de todos modos, salvo algunas concesiones en el detalle, el procedimiento se asemeja en cuanto al fondo en todos los casos. De aquí á la forma generalizada antiguamente de sacar á una señorita del convento para que á los tres días hiciese vida común con un hombre á quien por retrato conoció, ó con el que había hablado una ó dos veces en su vida, crean ustedes que no hay muchos pasos que andar. . . .

Así resulta muchas veces el matrimonio una verdadera lotería y el talento, la prudencia ó la resignación de ella, es lo que hace que caiga el premio, cuando cae. . . .

—A pesar de tal sistema, en Méjico se dan á veces casos de fugas amorosas y de otros excesos y adelantos—pueden decirme los que aun desearan más tirantez. . . .

—Pues no es á pesar de ella, señor mío, sino su producto y consecuencia, que cuando la cuerda se aprieta mucho es cuando hay más peligro de que se rompa. . . .

Con todo esto, y el poco espíritu de asociación y la escasez de diversiones y la poca gana para asistir á las que tenemos y el horror á las tertulias, bailes y demás fiestas caseras, hacen de la muchacha un ser desgraciado y la enseñan á ser arisca, meditabunda, soñadora y á disimular todos sus afectos y todas sus ideas.

Y es lástima, porque esa señorita, con libertad para conducirse, mostraría mucho

mejor sus bellísimas cualidades de modestia, sencillez, bondad, corazón sensible y carácter dulce y afectuoso, que distinguen á la mujer mejicana en lo moral, como los grandes y expresivos ojos, la cara pequeña, la nariz ligeramente remangada, los dientes menudos y blanquísimos, el pelo abundante, la estatura menuda y el talle deliciosamente formado, son sus distintivos en la parte física.

ALBURES

En España hay los equívocos, en Francia los *calembourgs*. . . . y en Méjico los *albures*. Yo ni me quejo ni me complazco de que tales cosas existan, por más que se verían ustedes perplejos y confusos si les preguntase para qué sirven tales combinaciones de palabras. Y es que indudablemente somos malos todos los individuos que vivimos en el mundo; somos malos, créanme ustedes, y nos complacemos en burlar las leyes de la moralidad, de la corrección, de las buenas formas, con esos equívocos, por medio de los cuales se pueden decir toda clase de groserías y verduras sin que se ofenda nadie, ni una muchacha de quince

años, y sin que deje de entenderlas nadie también, incluyendo á esa misma muchacha que acaso aparente no haber comprendido.

Tampoco he de meterme ahora á comparar entre los equívocos de España, los de Francia y los de Méjico. Libreme Dios de esas comparaciones. Casi siempre suelen resultar odiosas, según dicen, y tengo la seguridad de que por imparcial que quisiera ser yo, nunca dejaría á las tres partes contentas. De lo que son los *albures* no puede formarse idea quien no los conozca, y bien á fondo. Generalmente, el equívoco consiste en usar, con más ó menos oportunidad y gracia, palabras que por su doble significado puedan dar dos sentidos distintos á la oración. En Méjico sucede otra cosa. Además de usar el doble significado que ya hemos dicho, se valen de la artimaña de juntar sílabas de una palabra con sílabas de otra en la misma oración, para formar aquella ó aquellas que componen el albur. Esto es fácil de comprender, pero muy difícil de explicar. Yo les pondría á ustedes un ejemplo, pero ¡ay! todos los que existen son tan poco limpios!

El *albur* suele tener ingenio muchas veces, pero muchas más no tiene mas que porquería y ordinariez. Y si muchas cosas hay exageradas, en ninguna se puede ver tanta exageración y tanta libertad gramatical como en el albur. No se ciñe al equívoco